

El tormento perpetuo. Christine Márquez.

Desolada por las calles, perdida, desorientada. Me encuentro en cada esquina, escucho las voces que llaman a mi nombre. Con el avance de mis pasos noto que el sonido se disipa, comienzo a sentir a mi ser, conecto conmigo misma. Corro y bailo, saboreo la libertad que me abraza sutilmente luego de tanto tiempo. El martirio de mis recuerdos danza conmigo al unísono de mis inquebrantables ganas de vivir. Siento mis memorias desvanecerse con cada paso que doy y entonces... Me veo. Te veo. Fotos de nosotros en cada poste, en cada esquina. Admiro mi nombre escrito en la pared, acompañado de flores que reposan en la acera ¿Me convertí en una celebridad y no tenía ni idea? No, ese no es el tipo de cosas que uno olvidaría sin quererlo. Llego hasta la casa de mi madre, embriagada de nostalgia de poder apreciar el lugar que me vio crecer y que abandoné. Toco a la puerta, pero no recibo respuesta. Me encuentro de nuevo con fotos más alrededor de toda la casa y me decido a apreciarlas detenidamente. “Desaparecida”, resuena en mi interior esa palabra y entonces siento el activar de mis memorias.

Recuerdo. Despierto y me encuentro atrapada, como cada día, presa de la simpleza de la rutina. El deber de la vida diaria me obliga a mantenerme ocupada, no pienso. Percibo mi corazón dividido entre el amar y el pelear, espero él no sea capaz de leer mis pensamientos o no saldría viva de esto. Me dispongo a cumplir para vivir, para ser amada. Mi mente me ataca, pero me niego a ceder a sus caprichos y trago el sentimiento. Huye. Corre. Es ahora o nunca. Intento callar desesperadamente la voz de mi cabeza y el oxígeno me falta. Prosigo con los quehaceres, busco la luz en esta casa oscura y vacía. Me oculto tras las desgastadas y holgadas prendas que atrapan mis errores, mis sueños, mis deseos...Mi miedo.

Escucho. La puerta se abre lentamente y te recibo con la esperanza de una respuesta positiva al atrevimiento de hablar sin tu permiso. Error. Desconozco la razón detrás de la ingenuidad de mis acciones y me disculpo. Huye. Corre. Es ahora o nunca. Vuelve el pensamiento a mi memoria y ruego desaparezca antes de que los minutos se agoten y la escasa luz que penetra en mis ojos, se extinga. Te acercas cada vez más y el espeso temor que recorre mis venas ralentiza el tiempo, abriéndole paso al merecido castigo que conlleva mi existencia. Siento mis lágrimas caer y los ríos que se forman bajo mis ojos ruegan por tu clemencia.

Huye. Corre. Es ahora o nunca. Mi mente grita, se me imposibilita obligarla a hacer silencio. El deseo de retroceder el tiempo me impulsa a avanzar y no mirar atrás. El mundo se da vuelta y la contrariedad de los hechos me hace dudar del sentido detrás de mis acciones. Me levanto y te detengo, por primera vez en mi vida. La crueldad en tus ojos se clava en mi pecho y el arrepentimiento se apodera de mi cuerpo. Las palabras se encierran dentro de mí y la incapacidad de producir el más mínimo sonido me altera. Me niego a darme por vencida, un ave enjaulada que pelea para lograr retomar su vuelo. El calor de la habitación aumenta, mi piel manchada y adolorida todavía es capaz de soportar tu retorcido deseo de posesión sobre mi ser. Escapo

momentáneamente de tus manos y me acerco a la puerta que me separa de mi verdadera alegría, de mi libertad. Inserto la llave y siento mi corazón querer escaparse. Cerca. Cerca. Cada vez más cerca. Giro el pomo de la puerta, lista para cruzar la delgada línea que me aleja de avanzar, de vivir.

Oscuridad. Mis sentidos se apagan y se alejan volando cada una de mis emociones. Caigo. Fluye a través del suelo de la habitación la valentía de mis acciones. El silencio absoluto me envuelve y baila conmigo, finalmente paz. Te observo tocar mi cuerpo, golpearlo, cortarlo. La vida no fue suficiente tiempo para que me lastimaras, decides maldecirme con tu existencia por toda la eternidad. El dolor físico ya no es un inconveniente, pero este no es el “Descanso eterno” prometido. Una parte de mí desea ser encontrada, ver a mi familia y amigos era solo un deseo egoísta que mantuve escondido en mi corazón durante tanto tiempo, pero la imagen de sus rostros hundidos en la tristeza al enterarse del cruel destino de su chica adorada, no es lo que deseo permanezca como su último recuerdo de mi historia.

Vuelvo. Desolada por las calles, perdida, desorientada. Me encuentro con mi imagen dos años después de los acontecimientos. “Desaparecida”, resuena en mi interior esa palabra. El interés en encontrarme me motiva a no alejarme. Investigo. Necesito saber si mi cuerpo yace tranquilo, bajo hermosas flores que lo decoren y acompañen. Mi alma viaja. Entro a la estación de policía. Me veo. Veo a muchas otras chicas, diferentes edades, diferentes historias. La seguridad come y ríe frente a los retratos de la muerte y la desdicha. Pasan los días y espero encontrar mi respuesta. Escucho la palabra “Justicia”, que gritan las madres de las víctimas, caminando frente a los ojos de aquellos que ignoran. Día tras día, luchando, como yo, por encontrar esa respuesta. Entre la multitud veo el rostro de mi amada madre, abandonada por el miedo entrelazado al capricho de mi amor. Sigo mi camino, llego a la escena del crimen. La casa del dolor y el tormento. Te veo reír, otra víctima bajo tu poder a quien lastimar. Una larga lista de atrocidades. Sin culpa, sin remordimiento. Sin castigo. La furia se apodera de mi ser y me percató, la paz y la libertad no son más que una ilusión si la justicia permanece como el deseo ignorado de las almas en pena.